

¡Bienaventurados vosotros los pobres! Un desafío para hoy

Mons. Nicolas Brouwet – 10 de febrero de 2019

«*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos*» Mt 5, 3.

Hemos deseado tomar este tema para este año y tener a Bernardita como testigo de esta bienaventuranza.

Una madre superiora le preguntaba un día si había sentido alguna vez complacencia por los favores que la Virgen le había concedido: «*¿Qué piensa de mí? ¿Quiere que no sepa que si la Virgen me ha elegido a mí es porque yo era la más ignorante? Si hubiera encontrado a otra más ignorante, la habría elegido a ella*» (*Madre Marie-Thérèse Bordenave*).

Como introducción tengo que confesar que tengo pocas cualidades para hablar de la pobreza, porque no me falta nada y nunca me ha faltado lo esencial.

También me gustaría evitar un discurso que haga sentir culpables a las personas. En la Iglesia hemos caído de vez en cuando en estas peculiaridades: culpabilizar a los que no tenían dificultades materiales como si no pudieran vivir ninguna otra forma de pobreza; y, al contrario, exaltar a los que estaban en una verdadera pobreza, a veces en una miseria, dejando creer que toda la virtud estaba contenida en esa miseria: bastaba con ser pobre para ser un santo o por lo menos un ejemplo que hay que seguir. ¡Me gustaría, de verdad, que se evitara este defecto cuando se hable este año de la pobreza en Lourdes!

He recibido una buena lección de Sor Emmanuelle que trabajaba en el barrio de los traperos del Cairo: «Los pobres, me dijo un día en privado y de manera provocadora, también son mentirosos, ladrones y asesinos».

¿Qué quería decir? Que la primera cosa que se debería decir de los pobres es que no han elegido serlo. Y que intentan, más o menos, salir de la pobreza por todos los medios, incluso a veces con medios objetivamente inmorales.

La segunda estaba sobreentendida que decía que había aceptado la misión de vivir entre esos pobres siguiendo a Jesús, hasta arriesgándose:

- Lo poco que recibía, corría el riesgo de que se lo robaran.
- Cuando intentaba ser auténtica con ellos, se arriesgaba a que la mintieran y engañaran.
- Cuando al final había decidido vivir con ellos, cuando había dado literalmente su vida por ellos, aceptaba arriesgar su vida en cualquier esquina por algunos dólares, por celos, bajo la influencia del alcohol o para quitarla medicinas.

De hecho, creo que decía que había aceptado que la despojaran. Esa era su experiencia de la pobreza. No consiste tanto en admirar a los pobres, cultivar una especie de ateísmo de la pobreza que habría podido lanzar a la cara de aquellos que vivían en los países ricos. Aceptaba que también la cogieran lo poco que tenía: los donativos recibidos, la confianza que se había ganado, lo mínimo que necesitaba para ella, su propia vida. Nada estaba dado por hecho. Estaba dispuesta a abandonar también lo que poseía legítimamente. Era esto su verdadera experiencia de la pobreza.

La pobreza de Sor Emmanuelle era dejarse desposeer de aquello que habría podido tener y que podría haber guardado legítimamente. Ese era su camino de pobreza. Estaba la vida que había elegido, una forma de pobreza que ella había elegido; pero la pobreza radical era aceptar que la arrebataran lo que aún la quedaba.

Entonces hablamos ya de dos formas de pobreza que se encuentran pero que no se pueden comparar exactamente:

- La pobreza de aquellos que no la han elegido y que quieren salir de ella a cualquier precio.
- La pobreza elegida, radical, de aquella que se puso a seguir a Cristo y que acepta dejarse empobrecer sin poder controlar nada. Y esto para poder llegar a aquellos que viven en una pobreza injusta, degradante, indigna de la condición humana. En el fondo, para llegar a los pobres, hay que aceptar lo que hace el fondo de la pobreza: no poder controlar lo que llega, sobre las condiciones materiales en las que se vive, aceptar no tener nada de forma definitiva.

La lucha de Sor Emmanuelle era intentar dar a esos traperos mejores condiciones de vida y ayudarlos en su miseria. En este sentido era una lucha de tipo social.

Pero también había en ella otra lucha frente a la pobreza, una lucha más profunda, más íntima, más espiritual y mística: era la de aceptar un tipo de pobreza impuesta por las circunstancias: un empobrecimiento que no había calculado, que no había merecido, que no había previsto y en el que aceptó entrar.

En este sentido confesaba también que los pobres que frecuentaba en ese barrio del Cairo, le habían enseñado ese camino de despojo interior. El camino de aquel que avanza sin saber muy bien qué depara el mañana porque hay que vivir el día presente; el camino también de una profunda solidaridad entre comunidades y familias, para encontrar pan, trabajo, ayudarse, dar y recibir tan solo para poder sobrevivir.

Pobreza de Jesús

¿Cómo puede decirse en verdad «bienaventurados los pobres de espíritu» sin hacer la apología de la pobreza como si fuera un valor en sí; sin ofender a aquellos que no tienen nada y que lo único que quieren es salir de su condición miserable?

Pienso que esta bienaventuranza se aplica evidentemente en primer lugar a Jesús. Él es el primer pobre.

En el momento de la unción en Betania, antes de la Pasión, se reprocha a María que vierta sobre Jesús un perfume de gran valor, cuando habría podido venderse para dar lo obtenido a los pobres. Jesús contesta: «*A los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis*» (Jn 12, 8). Como si antes de ir hacia los pobres, se tendría que tomar tiempo para contemplar a Jesús, estar con él, manifestarle nuestro amor, dejarse amar por él y ponerse de rodillas delante de él y pedirle la gracia de la pobreza de espíritu.

En la vida trinitaria, el Padre es la fuente de toda divinidad. Pero todo lo que tiene, todo lo que es, se lo da al Hijo sin quedarse con nada para sí mismo. Por eso el Hijo es Dios: porque ha recibido todo del Padre, porque el Padre le ha dado todo. En el Credo decimos que el Padre engendra al Hijo. Es Dios igual que el Padre. El Hijo recibe todo del Padre: por eso, de hecho, podemos utilizar esas imágenes de la paternidad y la filiación humanas.

Esas imágenes dicen algo de esa realidad intra-divina: el Padre da todo, el Hijo recibe todo. Pero en una eterna acción de gracias, el Hijo se entrega por completo al Padre en el amor que es el Espíritu Santo. El Hijo no guarda nada para sí mismo: como en eco al don que el Padre le hace de sí mismo, se da él mismo al Padre en un impulso de amor y alegría. La fecundidad de ese amor del Padre y del Hijo es una persona divina: el Espíritu Santo que es el testigo de ese don mutuo y eterno.

Dicho de otra manera, la alegría del Hijo es recibirse del Padre. No pretende en absoluto bastarse a sí mismo, deberse a sí mismo. Toda su alegría es acoger lo que el Padre le da, luego entregarse al Padre en agradecimiento por ese don recibido de él. El Hijo no retiene nada como si quisiera guardar celosamente para él su ser de Hijo. He aquí lo que se podría llamarse una forma de pobreza intra-trinitaria, una pobreza que está en la experiencia misma

de la vida trinitaria. Allí dónde tan sólo hay don de sí, acogida y entrega. Y no toma posesión, acaparamiento, embargo, pretensión a la posesión.

El Hijo vive dependiendo del Padre y, en su vida terrestre, es la fuente de su alegría y alabanza. «*Todo me ha sido entregado por mi Padre*» dice Jesús cuando vibra de alegría bajo la acción del Espíritu Santo (Lc 10, 22). Pero no es para acapararse de sus dones. Ya que se presenta, precisamente, como enviado por el Padre. La misión de Jesús no es una misión que se ha dado a sí mismo. Se siente como el Enviado del Padre (Jn 5, 19-20.23.24.30.36-38.43), es decir, aquel que hace su voluntad, que recibe de él su misión para reconciliar el mundo con el Padre.

En el desierto, el Tentador le propone precisamente aplicarse la misión para sí, para su comodidad (comer pan porque tiene hambre), su gloria (precipitarse de lo alto del templo y salir indemne) y su poder (poseer todos los reinos de la tierra).

Pero, Jesús es pobre, radicalmente pobre. No tiene donde reclinar la cabeza (Mt 8, 20), en quien la creación ha sido hecha. Ya que vive solo en la dependencia de su Padre. «*Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra*» (Jn 4, 34).

Jesús vive como un pobre. Recibe del Padre su misión y la recibe en el Espíritu Santo, como un mendigo. No trabaja para él. Viene para devolver la humanidad al Padre para hacer, precisamente, una humanidad de hijos adoptivos, para que esta humanidad conozca la alegría de esta dependencia bienaventurada del Hijo único.

El hijo pródigo

El P. Jean-Michel Garrigues (*Dios sin idea del mal*) hace resaltar que la parábola del hijo pródigo es la mejor exégesis, la mejor lectura del capítulo 3 del Génesis sobre el pecado original. Porque el hijo quiere marcharse con su parte de herencia. Vivía con su padre. ¿Cómo vivía? Como el hermano mayor: vivía en casa de su padre, pero como un empleado. Ni uno ni otro habían comprendido que «*todo lo que es mío, es tuyo*». El hijo mayor vive con tristeza y rencor **sin saber que todo le pertenece**, el más joven quiere apoderarse de lo que le pertenece y separarse definitivamente de su padre. El primogénito no quiere tocar nada de todo lo que está a su disposición; el menor quiere tomar su parte y marcharse para gastar todo hasta el agotamiento.

El Padre les ha dado todo, pero ninguno de los dos lo ha entendido. Les ha constituido herederos de todo lo que posee. Uno no ve nada y el otro quiere poseer por sí mismo una parte de la herencia. Este es nuestro drama: vivir un cristianismo de mercenarios cuando en realidad somos hijos. O vivir lejos del Padre pensando que podemos ser nosotros mismos el origen.

Lo que hace volver al hijo pródigo es que se da cuenta que: «*Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada*». Se da cuenta de que para vivir hay que recibir. En ese mismo momento vuelve hacia su padre.

Es la experiencia más fundamental que podríamos hacer nosotros también: confesar que para vivir hay que aprender a recibir todo del Padre. Y aprender a recibirle a veces a través de los demás. Aprendemos entonces que para recibir hay que ser pobres. Nosotros somos ciudadanos del Reino. El Reino de los cielos nos pertenece cuando aceptamos entrar en la actitud del hijo que recibe todo del Padre. Que acepta humildemente **que** «*todo lo mío es tuyo*» (Lc 15, 31). No para acapararlo sino para recibirlo cada día como alimento, como el maná del desierto.

Por eso San Pablo puede decir: «*Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios*» (1 Co 3, 23). Y el P. Garrigues comenta: «*No pueden ser al Hijo si no entran en la relación que*

mantiene con su Padre, relación en la que nada se comparte sin la división, donde todo está compartido en la comunión» (Dios sin idea del mal).

Hemos sido constituidos herederos del Reino. Pero no para hacer una posesión personal. Lo que se nos da son las garantías del Espíritu Santo (2 Co 5, 5), es decir el Espíritu Santo en persona. No podemos poseerlo; lo recibimos día tras día como mendigos.

Y si podemos dar las gracias cada día, es precisamente porque nos damos cuenta de que el Espíritu Santo nos ha sido dado y, con él, todos los dones que vienen del Padre. Sólo un pobre en espíritu puede estar en condiciones de ver la gracia que recibe. Un rico, un satisfecho, un saciado ya no ve nada: todo es un derecho. Un pobre vive con las manos y el corazón abiertos, por eso sabe dar las gracias. Cuando ya no se sabe tomar un tiempo para la acción de gracias, es que vivimos como satisfechos de Dios: todo es un derecho, nos hemos marchado con nuestra parte de herencia, ya no sabemos recibir humildemente como pobres.

Es nuestra identidad misma de hijos del Padre lo que está en peligro. Pidamos entonces la gracia de encontrar de nuevo el sentido de la acción de gracias, del «gracias» que sube hacia Dios. Sólo el Espíritu Santo, Padre de los pobres, puede suscitar eso en nosotros, puede enseñarnos de nuevo a ser hijos y comportarnos como hijos.

El espíritu de infancia

Es por esta razón que este tema de la pobreza está asociado al espíritu de la Infancia. « *Jesús dijo: «Dejadlos, no impidáis a los niños acercarse a mí; de los que son como ellos es el reino de los cielos» Mt 19, 14.*

El niño vive precisamente en la dependencia de sus padres. Pero en una dependencia confiada, viviendo al día, viviendo plenamente el momento presente. Nuestro problema de adulto se sitúa precisamente ahí: vivimos con la angustia del futuro y lamentando el pasado, nos cuesta vivir la gracia del momento presente. Este encuentro, esta persona que está frente a mí, esta tarde entre amigos, este día de sol, esta marca de amistad que se me da. Ahí es donde podemos encontrar la alegría de recibir todo de Dios, como un niño que recibe todo de sus padres. He aquí como podemos también encontrar el sentido de la providencia divina que nos acompaña cada día. Dios está ahí; pero nos cuesta estar presentes a nosotros mismos. Estamos en otro lugar, en el futuro o en el pasado; mientras que Dios está ahí, en el presente, en el espesor de la vida presente.

El corazón humano aspira a encontrar ese espíritu de infancia, esa pobreza del alma, ese espíritu de hijo. Pero la cultura actual nos propone otra cosa: nos propone un ideal de libertad e independencia fundadas en el consumo.

Hacemos bien en luchar contra todas las formas de pobreza. Pero olvidamos hacer la diferencia entre autonomía e independencia. Hay una autonomía legítima, porque estamos hechos para estar de pie, para hacer nuestras propias elecciones, para asumir nuestras responsabilidades. En este sentido, educar, es hacer salir de la infancia, de un estatuto de asistido permanente. Los padres aprenden a sus hijos a elegir, discernir, a cuidarse de sí mismos, a ser responsables de sí mismos. Ahí se encuentra la bella libertad que conduce a la autonomía: tu vida te pertenece, mantente en pie delante de los hombres y delante de Dios que te quiere vivo y libre para amar.

Pero la autonomía de aquel que conduce su vida no es una independencia. Podemos vivir de manera autónoma pero recibiendo todo del Padre; y recibiendo de los demás todo aquello que necesitamos para vivir. La solidaridad entre los hombres no es un régimen de excepción. Al contrario, es lo propio de nuestra condición humana. Vivimos con independencia, recibiendo unos de otros; acogiendo las riquezas que no poseemos y que han sido dadas a

otros; después dando lo que tenemos para enriquecer con nuestros dones a aquellos que nos rodean. Nuestra vida social es un intercambio de dones.

Por eso es importante enseñar a los jóvenes que comprendan las riquezas, talentos, sabiduría, impulso interior, deseo... que tienen en su interior, para que aprovechen todo lo que poseen para ponerlo al servicio de todos.

Para ello se necesita un verdadero espíritu de responsabilidad, de pobreza para reconocer que no tenemos todo en nosotros, que tenemos que recibir y depender. Responsabilidad para aceptar reconocer lo que se nos ha dado para poder ofrecer, compartirlo y hacer una donación al servicio de todos.

¿Saben cómo descubrió Bernardita su vocación para entrar en la comunidad de las hermanas de Nevers? Respondiendo a la llamada de una de las religiosas que le pidió que se ocupara de un anciano en el hospicio en el que Bernardita estudiaba. Otras comunidades habían intentado atraerla, pero con argumentos exteriores. Las hermanas de Nevers no le pidieron que entrara en su institución, tan solo que se ocupara de un pobre hombre. Entonces, Bernardita, supo qué era lo que quería hacer con su vida.

Me parece que encontramos nuestra vocación, la cara que tenemos para Dios, ocupándonos de los demás. Y que es allí, en la paz y en la alegría del servicio, donde aprendemos quienes somos para Dios.

Al lado de la pobreza material, de la miseria social, de las personas que no llegan a fin de mes, al lado de las personas que viven en la calle, al lado de la debilidad de la discapacidad física, al lado de todas esas formas de precariedad en las que pensamos cuando evocamos la pobreza, también existen las pobrezas ocultas; esas pobrezas que se ven menos y que son tan actuales.

Pienso en la pobreza generada por la discapacidad psíquica, la enfermedad psíquica que es más difícil de detectar y aceptar. Saludo a la casa de *Aygues Vives* y al *Toit de l'espérance* que se encuentran en Lourdes para ponerse al servicio de las personas con trastornos bipolares.

Hoy, con la crisis de los chalecos amarillos, se ha puesto en evidencia la pobreza del sentimiento de desvalorización, el sentimiento de abandono del Estado y de las diferentes instituciones. Esa desvalorización se traduce por el aislamiento, la falta de cultura e incluso el acceso a la expresión, ejercitar oficios pequeños (pienso en los temporeros que tienen que pasar de una región a otra sin tener un verdadero alojamiento). Es también un sentimiento de inutilidad cuando ya no se tiene un trabajo desde hace mucho tiempo, sentimiento de estorbo y a veces de entorpecer. Lo que lleva a algunos a pensar que el suicidio asistido al final de la vida es la mejor solución para no molestar más.

Al contrario, entre las nuevas formas de pobreza se encuentran, para aquellos que trabajan, la presión del rendimiento, la eficacia, la rentabilidad, los objetivos. La obligación de ser cada vez más competente, estar a la altura; el espíritu competitivo, de competencia que socava las relaciones profesionales. Hay diferentes formas de acoso. También está el desánimo o incluso la depresión. Estas son también formas de pobreza.

Hay también una pobreza engendrada por la disgregación de la familia presentada como una liberación pero que, al final, aísla al individuo. Son las madres solas quienes educan a sus hijos, los hijos educados sin padre carecen de las reglas de integración a la vida en sociedad; son los niños en desequilibrio afectivo a causa de la separación de sus padres y la recomposición de las parejas. Con todo lo que esto puede provocar de vacío, llevando a fenómenos de adicción en las drogas, el alcohol, el sexo. Si es la decepción debido a la dificultad o la imposibilidad de cumplir los compromisos tomados, de ser fiel a la palabra

dada. El sentimiento de abandono, de extrema soledad. La precariedad de relaciones amorosas que comprometen emocionalmente pero que terminan siendo decepcionantes.

La pobreza también es la extrema dificultad de integración de los extranjeros y la formación de comunidades que viven entre sí. La dificultad para esos extranjeros de encontrar trabajo, tejer relaciones y sentirse acogidos. Es también la precariedad de los trabajos insignificantes, incluso a veces hasta la prostitución.

Hay pobreza generadas por las nuevas tecnologías: el aislamiento delante de las pantallas, la dependencia a los juegos en línea, la pornografía, el peligro de los depredadores de toda clase.

La pobreza es también la miseria espiritual, la secularización, la ausencia de Dios: es decir, la ausencia de una perspectiva trascendente, no ser consciente de la bondad del amor de Dios por nosotros. Me parece que es la pobreza más radical. Porque no tiene futuro ni esperanza para sí.

También me gustaría citar lo que engendra la miseria espiritual: la tentación de ir hacia prácticas esotéricas, ocultismo y particularmente hacia la magia negra, blanca y la astrología. Incluso frecuentar sectas.

La Iglesia, gracias a su relación con el Señor, siempre se ha atrevido a mirar esas formas de pobreza y sus víctimas. Siempre ha sabido discernir la falta, el vacío existencial, las heridas del corazón, las dificultades de las relaciones, es decir, las pobreza de una época. Siempre ha sabido en verdad lo que hace falta a las personas de su tiempo: los cuidados frente a la enfermedad, una instrucción frente a la ignorancia, predicación de la verdad frente a la esclavitud de los ídolos, defensa de los obreros, liberación de los esclavos, cuidado del matrimonio y la familia, la educación de niños y jóvenes.

Cuando purificamos nuestra mirada en la del Señor, podemos ver todas estas formas de pobreza, el grito del corazón del hombre, su sed y su hambre, las heridas de su alma. Y esto es para nosotros una llamada. Para pararnos e interesarnos por ello. Todos los testimonios de hoy nos lo dirán. De modo que, como Bernardita, encontremos la forma de nuestro compromiso. ¡Qué este año nos comprometa!